

NUEVOS CODIGOS PARA EL AMOR

DESDE esta sociedad nuestra resulta un poco incoherente pretender escribir sobre el amor lo que se piensa. En primer lugar, porque lo que se piensa entra en los cánones radicalmente opuestos a los que nos rigen y, en segundo lugar, porque ni siquiera los propios cánones han llegado a aclararse sobre la moral y la realidad de eso en que ni siquiera estamos de acuerdo en llamarle amor.

En el pasado, y casi en todas las sociedades, por más primitivas que éstas hayan sido, ha habido pautas definidas dentro de las cuales se movían sus miembros en sus relaciones amorosas. Hoy, la confusión ha invadido el panorama de nuestro planeta, y la parte del amor es una de las más mortalmente afectadas. No cabe duda de que la gran colaboración a esta confusión han sido los cambios sociales que han introducido el elemento de la Nueva Mujer. Vance Packard dice que durante los últimos años las conferencias consagradas a estudiar los problemas de esta Nueva Mujer han sido por lo menos cuatro veces más numerosas que las consagradas a estudiar los problemas del Nuevo Hombre. Este ha perdido pie, aquélla estrena, sobre todo en materia de sus relaciones sexuales, un papel nuevo, de iniciativa y de igualdad. Los comportamientos de ambos, por tanto, tienen que ser forzosamente indecisos y contradictorios. Cada sexo adopta características del otro, y la confusión acerca del comportamiento de cada uno hace andar a tientas a los jóvenes de hoy, que carecen de modelos y deben elaborar sus propios métodos. El presidente de la Universidad de Columbia, David Truman, afirma sintetizando la situación: **El problema actual parece residir menos en la rebelión contra un código consagrado y conocido que en el tambaleante ingreso en una situación cuyos límites son prácticamente ignorados.**

Podría decirse que la lucha, sorda y sin enemigos declarados, se está simplificando en dos grandes bloques opuestos: el matrimonio como institución antigua y vigente en muchos países y la elección mutua entre parejas que deciden vivir su vida sin institucionalizarla. En un ensayo tan breve como éste es evidentemente imposible trazar con pelos y señales las experiencias llevadas a cabo por la Humanidad en los dos sentidos. Antropólogos, biólogos, sociólogos, sexólogos, psiquiatras, investigadores y escritores, trabajan sobre todo en los últimos veinticinco años en la búsqueda histórica de las soluciones dadas en épocas y países a las relaciones inevitables masculino-femenino. Sin embargo, quizá a través de una breve exposición de lo que han sido estas dos decisiones tomadas por el mundo, digamos para entendernos, para mati-

zar un poquito más, la conservadora y la progresista, veremos que no estamos —y desmitifiquemos, juventud, el mito— ni mucho menos en una era de revolución sexual tal y como pretenden los apóstoles de todas las libertades nuevas del hombre. Porque revolución significaría un cambio con conciencia y aprobación general, cosa que, hoy por hoy, no existe. Estamos, sí, en una época, seguramente la más importante de la historia sexual, de gran confusión y de pequeñas decisiones a nivel de grupos humanos, en pro de libertades individuales respecto a lo que cada uno quiere hacer de su intimidad. Es posible que de aquí salga una revolución. Esperemos que de aquí salga una revolución. Porque hasta ahora, ni los más revolucionarios en todos los demás aspectos de la vida humana han conseguido revolucionar éste.

El conservadurismo, la propiedad privada, desde las sociedades primitivas hasta hoy

Margaret Mead y Bronislaw Malinowski, los dos únicos antropólogos que mi pluriempleo periodístico me ha permitido leer un poco a fondo, y que han estudiado y experimentado sobre el terreno las costumbres primitivas de sociedades salvajes, coinciden en afirmar que hasta estos hombres y mujeres que han vivido y viven al desamparo de Dios y de los hombres civilizados tienen, en sus relaciones sexuales, unos códigos y unas leyes inquebrantables. Explican cómo pagan caras las independencias individuales de los lazos formalizados entre hombre y mujer. La familia, los hermanos, los padres y las madres, el novio y luego el marido, son entidades sagradas que no admiten quebranto. Los jóvenes rebeldes sexuales no existen en estas sociedades y, naturalmente, todavía menos, las jóvenes rebeldes, mirlos blancos en un cielo de murciélagos. La virginidad, el rito, las reglas femeninas y los embarazos, su moral en una palabra y siempre en función de su funcionamiento económico, rigen los destinos de estos hombres y mujeres sin voluntad de queja, asustados, serviles a los deberes contraídos por obra y gracia de los tabúes y las tradiciones: El incesto legalizado, incestaban; las complicaciones parentales (el tío haciendo de verdadero padre, el padre no teniendo nada que ver con los hijos, las obligaciones de los cuñados de casarse con las viudas del hermano..., todas las distintas formas de concebir los parentescos y de obedecer a las leyes que los regulaban conducían a una fórmula mágica lejana y presente como un árbol milenario: el matrimonio). Matrimonio que, desde entonces y desde todos los



Catherine Deneuve, en la película «Belle de jour», de Buñuel.



«... y la confusión acerca del comportamiento de cada uno hace andar a tientas a los jóvenes de hoy que carecen de modelos y deben elaborar sus métodos».

pueblos acá ha sido unilateral en su esencia y que ha mantenido a la mujer, a la esposa, a la madre, en su papel pasivo de aceptación, espera, resignación, anulación, muerte lenta sin agonía, especie de coma interminable.

Sé muy bien que han existido —no vaya a ser que salte rápida la voz reaccionaria que contradiga mis palabras— en épocas y en otras sociedades formas de vida matriarcales en que la mujer ha sido quien mandaba y el hombre, el supeditado. En que la descendencia ha sido por línea materna y en que se han legitimizado las herencias de la mujer. C. Lévi-Strauss nos habla extensamente en su libro «Las estructuras elementales del parentesco» de la existencia de un bilateralismo en este sentido, y nos explica cómo en la India, por ejemplo, un sistema de clanes, a veces patrilineales y a veces matrilineales, ha existido y sigue existiendo. Pero este hecho histórico que sirve en todos los coloquios dedicados a la mujer para que algún «espontáneo» pretenda que en el mundo no siempre han mandado los hombres, lo menciono sólo como una excepción que hay siempre que mencionar cuando quiere confirmarse una regla. La verdad es que en el mundo del amor, del sexo, del matrimonio universal, la mujer hasta hoy ha tenido las de perder y ha sido, como apunté al principio, su decidida entrada en el

mundo de los últimos veinte años uno de los resortes primordiales que hacen tambalear el equilibrio del amor, este equilibrio en el que, en un platillo de la balanza estaba el hombre y en el otro un objeto pesado, pasivo, inmutable, llamado mujer.

No quiero que parezca —aunque lo sea— un «arrimar el ascua a mi sardina» el explicar brevemente y con sus propias palabras el análisis que de estas sociedades matrilineales, concretamente la de los «trobians» melanesios hace Malinowski, pero sí que pueden hacerlos pensar sus palabras: En la sociedad matrilineal, a pesar de que el niño ha desarrollado sentimientos muy definidos respecto a su padre y a su madre, nada de reprimido, de negativo, ningún deseo frustrado forma parte de sí (todo lo contrario de las reacciones del niño en una sociedad patrilineal, según explica el propio autor)... ¿De dónde viene esta diferencia?... Para seguirlo con detalle encontramos la apasionada atracción hacia la madre, el deseo corporal de abrazarsele, que en las instituciones patriarcales es de una u otra forma cortado o intervenido; la influencia de nuestra moralidad (compara nuestra sociedad occidental con la melanesia); la brutalidad del padre, especialmente en los estratos más bajos, la atmósfera de su derecho exclusivo sobre la madre y el hijo, que actúa sutil, pero intensamen-

te en los estratos más elevados, el miedo sentido por la esposa de no complacer a su esposo...: todas estas influencias separan traumáticamente a padres e hijos...

... Todas estas fuerzas e influencias están ausentes en la sociedad matrilineal de los «trobians». En primer lugar, porque no hay condena del sexo ni de la sensualidad como tales, y, sobre todo, porque no hay horror moral ante la idea de la sexualidad infantil. La inclinación sensual del niño hacia la madre tiene libre curso hasta que cede de manera natural y se desvía hacia otros intereses corporales. La actitud del padre respecto al hijo en estos períodos primeros es la de un amigo próximo y colaborador.

He puesto este ejemplo brindado por Malinowski simplemente para dejar constancia de que ni siquiera a un nivel, digamos convencional, de una sociedad constituida legalmente el «si las mujeres mandasen» no ha sido tan pernicioso como dicen nuestros celtíberos. Sin embargo, tómese el ejemplo sólo como un paréntesis, porque, a nivel progresista, y no digamos revolucionario, nada tampoco se ganaría con un matriarcado que acabaría, por ley de inercia, inexorablemente en otro conformismo familiar.

Porque el verdadero cáncer de la sociedad, tal y como está hoy día constituida, sobre todo en el mundo occidental de Occidente y

América, es la propia familia en sí; es, en palabras más políticas, la ideología que ha vencido todos los tiempos de la propiedad privada, cuyo símbolo sensiblero y utilizante es la entidad familiar, la negación primera y última del amor mutuo. Incluso uno de los hombres más susceptibles de revisión, en el sentido de su progresismo, alzó su voz contra ella, una voz literaria, que pretendió ser moral y por la cual y por una de estas grandes y pintorescas contradicciones de nuestra sacrosanta sociedad mereció que Suecia le otorgara el Premio Nobel. Esa voz era la del escritor francés, la del moralista francés si se quiere, André Gide: Ya no creo más en el pecado... Familias, os odio; hogares cerrados, puertas atrancadas...; desarraigar a los niños de su casa y guiarles sobre el camino...

El que en su tiempo a André Gide se le concediera el Nobel y fuera Doctor Honoris Causa de Oxford y reconocido en su país como un importante moralista choca tanto por su anécdota personal como por el hecho de haber llegado a decir lo que dijo contra la familia sin pagar por ello represalias. A la sociedad francesa, a la familiar sociedad europea, las palabras de Gide, incluso su inclusión en el Índice, actuaban de morbo que confirmaba su propia podredumbre, su inseguridad ideológica. La familia estaba basada en unas premisas económi-

LIBROS VIVOS LIBROS VIVOS



ANAGRAMA

OFF-OFF
Alberto Arbasino

Pop, op, mass media, King's road, provos, midcult, masscult, off-Broadway, underground, Village, camp, kitsch, contestación.

Serie Informal

INTRODUCCION A LA CIENCIA POLITICA
Wolfgang Abendroth y Kurt Lenk

NIETZSCHE Y LA FILOSOFIA
Gilles Deleuze
Colección Argumentos



MAFALDA
Quino

En venta los números 1, 2 y 3 de MAFALDA, la genial creación de Quino.

CRONICA SENTIMENTAL DE ESPAÑA
Manolo Vázquez Montalbán
Edición ilustrada
Colección "Palabra y Gente"

HISTORIA DEL CINE
Román Gubern
2 vol. Edición ilustrada,
Ediciones de Bolsillo

Lumen



DESARROLLO SEXUAL Y MATERNIDAD
(Parto sin dolor)
Dr. Pierre Vellay
(2.ª Edición)

Información sobre la genética humana, el factor Rh, el desarrollo sexual, la maternidad, la higiene de la embarazada y del recién nacido, el parto sin dolor, la educación sexual de niños y jóvenes. Fotografías, gráficos, dibujos. Impreso a dos colores y encuadrado en cartón.

RELIGION Y ECONOMIA
Kurt Samuelsson

TEORIAS ECONOMICAS Y REALIDAD SOCIAL

Crítica soviética a las teorías de John Galbraith, Adolf Berle y Colin Clark, por Dalin, Anikin y Olsévich.

Editorial Fontanella

Editorial Estela



HISTORIA DE LA COMUNA
P. Q. Lissagaray

"París obrero de 1871. el París de la Comuna, ha de ser celebrado como precursor de una sociedad nueva"

2 vol. 50 y 75 ptas.

LOS PIRATAS
Gilles Lapouge
Colección Estela Popular
POPULISMO Y MARXISMO EN RUSIA
A. Walicki
Colección Papel 451



UN MUNDO PARA JULIUS
Alfredo Bryce Echenique

La novela latinoamericana del año 1970
Hispánica Nova

FUNDADORES DE LA NUEVA POESIA LATINOAMERICANA
Saul Yurkievich
TEATRO DADA
Gian Renzo Morteo
Ippolito Simonis

Breve Biblioteca de Respuesta

BARRAL EDITORES



JAMES JOYCE, VIDA Y OBRA
Francesca Romana Paci

Un estudio extraordinario, tanto por su rigor como por su método, de una de las máximas figuras de la literatura universal.

240'-Ptas.

PROBLEMAS DE LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD ORGANIZADA

Paul Goodman

250'-Ptas.

LA REBELION CONTRA EL PADRE
Gerard Mendel

historia/ciencia/sociedad

península

6.810.000 LITROS DE AGUA POR SEGUNDO ("NIAGARA")
Michel Buttor

La obra de Buttor, aún marginal a los convencionalismos dramáticos tradicionales, abre un haz de posibilidades tanto en lo que se refiere al campo de la literatura dramática como al del espectáculo teatral.

175'-Ptas.

Colección "Libros de teatro"

LA CULTURA EN ESPAÑA
(Ensayo para un diagnóstico)

José Luis Abellán

100'-Ptas.

Colección "Divulgación Universitaria"

INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA DE LAS NACIONALIDADES

Julio Busquets

Colección "Cuadernos para el Diálogo"

CUADERNOS para el DIALOGO

distribuidor exclusivo

DISTRIBUCIONES DE ENLACE

bailen, 18. barcelona -10

NUEVOS CODIGOS

cas, y toda la literatura en pro o en contra de ella nada tenía que ver con la realidad. Los lectores de Gide seguirían leyéndolo en el hogar y escondiéndolo a la mujer y a los hijos. Era un escritor de «avant garde», aunque hasta entonces ningún escritor de «avant garde» había conseguido nunca criticar tan duramente las sólidas estructuras del capital y la propiedad.

Y con Gide o sin Gide, el régimen familiar de patriarcado ha pervivido en la historia del siglo XX. Sólo hace cincuenta años que, a nivel político, se replanteó la cuestión. En Rusia. En la revolución rusa. Pero abro de nuevo un paréntesis antes del «¡Abajo la familia!» soviético, para detenernos en los últimos fervorosos defensores de la familia y el matrimonio legalizado e indisoluble, que en el mundo entero y muy especialmente en nuestra España vertebada, unificada y devota, de «intereses creados» y conservados con las uñas, se han llamado cruzados de la antipildora, de la «Humanæ Vitæ», del anti-divorcio, de la condena a la mujer por adulterio.

La píldora, el divorcio, el sagrado deber...

Desde que el mundo es mundo el amor ha desembocado pues, según lo dicho, en el matrimonio. Llámese antes, en las tribus primitivas y en los siglos pasados, como se llamara; llámese hoy, referencialmente, matrimonio. Desde que el mundo es mundo, el amor entre dos seres ha estado más o menos prohibido, más o menos mal visto, según los códigos de cada país, según las normas que infringieran los amantes. Toda una sociedad, larga y ancha, como Europa y América, mantiene establecida como legal una convivencia amorosa basada en el matrimonio. A medida que nos acercamos a la auténtica crisis de éste, a su real fracaso denunciado por la nueva juventud y por las nuevas sinceridades, más se radicalizan los defensores de la estabilidad familiar. Guerra contra la píldora, guerra contra el divorcio, castigo contra el adulterio. Este es todavía el código. Este es el enfrentamiento con generaciones cuyas experiencias de amor les impiden aceptar la prohibición. Los intereses de los pueblos, las religiones y las creencias han dejado definitivamente de ser de buena fe para serlo sólo en miras a las «cointerdependencias» económicas. La propiedad privada se está disolviendo y el matrimonio es el símbolo más claro de la propiedad privada. Está resultando que la mujer empieza a darse cuenta de que no quiere ser propiedad privada. Que quiere intercambio, amor mutuo, individualización, afirmación de sí misma. Esta es la gran amenaza y la gran esperanza cara a un futuro más coherente. Oigamos las palabras de una mujer, re-

cogidas por Morton M. Hunt en «La mujer del siglo XX»: En mis veinte años de matrimonio ha habido algunos hombres más. Cada vez que permití que ocurriese fue para sentirme vivir como a los dieciocho años. Cada vez he visto las hojas y olido el aire con más intensidad y de nuevo he escuchado música con agrado y he ido flotando, de un lado a otro, con mi maravilloso secreto, porque un hombre está enamorado de mí y yo estoy enamorada de un hombre. Espero con todo esto no destruir mi hogar, pero es demasiado maravilloso para que pueda prescindir de ello. El paso del tiempo, a esta mujer y a tantas mujeres casadas, les enseña que su marido logra cada vez más otras satisfacciones por otros factores de su vivir y que lentamente ella se va convirtiendo sólo en cómoda compañía más que en una razón de ser de él. Hasta nuestros días la salida de esta mujer desasegurada y en cierto modo reivindicativa de su individualidad ha sido el adulterio, la píldora y la separación más o menos legal. Las trabas han sido ingentes, porque la mujer no ha tenido que luchar sólo contra su marido, sino contra la sociedad de su marido y la suya propia.

La «Humanæ Vitæ», los no al divorcio y los innumerables congresos femeninos antifeministas han sido el coro que ha inducido a unos y a otros, a ellos a obligar y a ellas a obedecer, a mantenerla entre las cuatro paredes del hogar. Han tenido que llegar la nueva era industrial, la nueva necesidad de mano de obra femenina, el ensanchamiento del mundo, las guerras que han hecho abandonar a los hombres el trabajo, para que las mujeres comenzaran a entrar en el mundo de sus maridos, de sus novios, hermanos y amigos y palparan el sabor doloroso pero vivo de la contribución en la existencia.

En este país...

Cualquier intento de centrar el tema sobre nuestra España casada de los últimos veinticinco años —que es cuando se han producido los grandes cambios en todo el mundo— queda reducido a unas estadísticas grotescas de uniformidad. Todo el mundo está casado. Y quien no, ha corrido por su cuenta y riesgo fortunas de descrédito, críticas, discriminaciones.

En una reciente experiencia llevada a cabo a través de la sección de un diario de Barcelona pudimos comprobar al pie de la letra de las cuatrocientas y tantas cartas que recibimos lo que pensaba, no el país, sino la gente del país, sobre el divorcio. Fue una encuesta llevada a cabo a nivel de gente intelectual y a nivel de gente de la calle. Entre los intelectuales, todavía un cierto tanto por ciento llegó a opinar que el divorcio era una aberración inaudita. Entre la gente del pueblo, de Andalucía y Galicia,

de Levante y Extremadura, ninguno respondió a nuestra encuesta con un no al divorcio. La mayoría de nuestros corresponsales eran mujeres y explicaban, de Norte a Sur, con frases más o menos parecidas, la tragedia de su vida matrimonial abocada al fatalismo más irremisible. El problema, la tristeza, no reside sólo en el «no poderse separar» legalmente, sino sobre todo en el «a pesar de separarse por las buenas o las malas» nivel de ignorancia e incapacidad de defensa, de desenvolverse en la vida, que, sola, tiene la mujer española. No poseo cifras a mano para demostrar la evidencia de «lo desgraciadas» que son la mayoría de las mujeres españolas casadas. Poseo documentos de extraordinario valor, como cartas, entrevistas, conversaciones, expresadas en términos parecidos: «Es injusto que el marido haga lo que quiera y nosotros no». «No me separo de mi marido por los hijos. Si yo tuviera que cuidar de ellos no podría, pues no poseo ningún oficio». «Mi vida transcurre sin sentido, soy como una sirvienta de mi propio hogar...».

No quiero cansar al lector, que bien ha oído en su propia carne mil exclamaciones como éstas. La falta de preparación para vivir la vida de la mujer española es punto y aparte de la del resto del mundo. La intensificación publicitario-ideológica de reducirla, de convencerla a reducirse a sus deberes de madre-esposa es abrumadora. Desde los congresos que cada vez proliferan más, dedicados a la mujer y organizados por las dos únicas asociaciones que pueden organizar tales congresos, la Sección Femenina y el Opus Dei, hasta los pasquines publicitarios que incitan y excitan a aquello que decíamos de la propiedad privada sexual, es una constante que incide en la anulación de la mujer como ser humano. Las cosas, aquí, en este sentido, tardarán mucho tiempo en cambiarse.

El intento socialista

Quienes comprendieron desde su raíz el problema de la opresión de la mujer, de su opresión económico-sexual, fueron, más que las primeras sufragistas inglesas y norteamericanas, los primeros artífices de la revolución rusa. Fue cuando las doctrinas de los grandes utopistas penetraban en el medio obrero, cuando los proletarios por su parte se disponían a discutir el problema del matrimonio y la familia: **La propiedad privada nos ha tomado tan estúpidos y limitados que sólo consideramos nuestro un objeto cuando lo poseemos, es decir cuando existe para nosotros como capital, cuando tenemos su inmediata posesión, que lo comemos, que lo bebemos, lo llevamos sobre nuestro cuerpo, etcétera; en una palabra, cuando lo consumimos.**

La emancipación de la mujer —dice a su vez Engels— está condicionada, ante todo, por el hecho de que el sexo femenino entero debe lanzarse al trabajo social; a su vez este hecho exige que la familia individual deje de ser la célula económica fundamental de la sociedad. Avanzamos hacia la revolución social, donde las bases económicas de la monogamia existentes desaparecerán tan inevitablemente como su complemento: la prostitución.

No pretendo decir, ni mucho menos, que este intento de la Unión Soviética haya sido el punto final para la liberación definitiva de la mujer ni tampoco para la consecución de un amor auténtico y recíproco entre dos seres. Sin embargo, sí que, a pesar de sus retrocesos y contradicciones posteriores, fue un esfuerzo para desencadenar a la mujer del hogar y de la servidumbre doméstica; para anteponer el amor recíproco al amor posesivo; para elevar el amor sexual a un nivel sincero de continuidad e intensidad; a una manifestación plenamente libre de los deseos de ambos de construir, o no, un matrimonio y una familia.

Un futuro incierto

En los últimos años se ha discutido, más que en cualquier otro momento, la necesidad de modernizar la institución matrimonial. Margaret Mead afirmaba que ninguna sociedad conocida había inventado hasta ahora una forma de matrimonio capaz de perdurar por su solidez sin incluir para ello la presunción del «hasta que la muerte nos separe». Vance Packard, en «La jungla del sexo», propone como solución un período de prueba de dos años, entre la joven pareja, antes de formalizar con papeles su matrimonio. Proposiciones como esta y otras deben replantearse en cada sociedad según sus propios condicionantes. Pero lo que sí ya desde ahora es obligatorio respetar en el mundo entero es la libertad individual de elección, las posibilidades de amor liberadas del tener que «soportarse a la fuerza», la fe en que la pareja puede amarse en reciprocidad. Porque después de las últimas guerras mundiales y en las guerras mundiales de ahora, en este descalabro universal, la hipocresía entre los jóvenes, la hipocresía en el amor va perdiendo bazas y, afortunadamente, hasta nocividad. Son muchas las nuevas experiencias amorosas que deben de estar equivocadas. Yo qué sé, qué sabemos, si los «hippies» o los salvajes de Melanesia son quienes lo hacen mejor. Pero lo que sí sabemos todos ya es que quienes menos lo saben son quienes dictan sus leyes en función de cualquier interés y al margen de las libertades individuales y colectivas de los hombres y mujeres. ■ C. A.